

na viene á presentar sus objeciones. Pasando por alto la impaciencia de toda autoridad y el defecto de sociabilidad, rasgos especiales que pueden ó no coexistir con un carácter emocional inferior por otros respetos, vengamos al sentimiento ego-altruista del amor de la aprobacion. Ese sentimiento que progresa á medida que crece la aglomeracion social, implica un mayor desenvolvimiento de la facultad representativa: en efecto, en lugar de una satisfaccion egoista directa, el hombre contempla la satisfaccion que causa indirectamente la conducta de los otros; en lugar de resultados inmediatos, considera resultados que no se realizarán sino en una época ulterior; en lugar de acciones provocadas por deseos aislados, realiza otras que combaten y modifican deseos secundarios. Mas aun cuando la presencia de ese sentimiento ego-altruista haga el carácter, en donde tenga la preponderancia emocional ménos refleja, más representativo, más adaptado á relaciones de correspondencia con las condiciones ambientes más extensas y más heterogéneas, bajo ese punto de vista, sin embargo, permanece por debajo de la desarrollada naturaleza emocional del hombre civilizado en quien obran los sentimientos altruistas. En cuanto carezca de esos sentimientos, el hombre primitivo carecerá de la bondad que amolda la conducta para hacerla servir en provecho de otro en el espacio y en el tiempo, de la equidad que implica la representacion de relaciones muy complexas y abstractas entre las acciones de los hombres, de la abnegacion que hace ceder al egoismo aun cuando no haya persona alguna para aplaudir el sacrificio.

A la congruencia de las conclusiones *a priori* y *a posteriori*, se puede añadir la armonía de esas conclusiones con dos otras que nos sugiere la hipótesis de la evolucion. El hijo del hombre civilizado es impulsivo, imprevisor; en los primeros tiempos de la vida, no siente amor alguno por la aprobacion, y no comienza á mostrarlo sino en los primeros años de la infancia, y no es sino mucho más tarde cuando principia á mostrar ese cierto sentimiento de justicia: hé aquí los hechos que comprueban las conclusiones que antes hemos sacado respecto del carácter emocional del hombre primitivo. Una nueva comprobacion nos suministra la observacion de que los principales rasgos del carácter emocional que distinguen el hombre civilizado del hombre primitivo, no han podido producirse sino á medida de los progresos de la sociedad. La impulsividad no podía debilitarse sino á compás del establecimiento de la autoridad social; la imprevision no podía decaer sino á medida que la consolidacion de un estado social ordenado daba lugar á poder contar un poco con las ventajas de la prevision; en fin, la simpatía, con los sentimientos altruistas que de ella resultan, no podía fortificarse sino de consuno con las medidas restrictivas que mantenian

á los hombres reunidos de una manera estrecha y en continuas relaciones, incluyendo en ellas la cooperacion, los provechos recíprocos y los placeres mútuos que son su consecuencia.

#### EL HOMBRE PRIMITIVO INTELECTUAL

Las tres medidas de la evolucion intelectual que anteriormente nos han servido para trazar el cuadro del carácter emocional del hombre primitivo, van á servirnos ahora para rasgear el de su carácter intelectual. Revélase el grado de inteligencia en el grado de correspondencia entre las ideas y las cosas; en el grado de separacion que las distingue de las operaciones intelectuales relativamente automáticas, es decir, en la distancia que las separa de la accion refleja. Antes de pasar en revista los hechos para sacar inducciones, es bueno examinar, bajo sus formas más concretas, los rasgos intelectuales que caracterizan una evolucion inferior y que la distinguen de una evolucion superior. Esos rasgos quedan expuestos con toda detencion en los párrafos 484 á 493 de los *Principios de Psicología*, que ahora recapitularemos poniéndolos en conexion con las medidas antes empleadas.

Como el hombre primitivo no está familiarizado más que con los hechos particulares que entran en el estrecho cuadro de su experiencia, dicho se está que no tiene concepcion alguna de los *hechos generales*. Una verdad general implica algun elemento comun en muchas verdades particulares; implica por tanto una correspondencia más extensa y más heterogénea que las verdades particulares; implica una representabilidad superior, puesto que reúne necesariamente ideas más numerosas y más variadas en la idea general, y está más alejada de la accion refleja por lo mismo que por sí sola no existe accion alguna.

No teniendo para medir el tiempo más que las unidades de medida sin precision que suministran las estaciones, sin otro recuerdo de las cosas que frases hechas sin cuidado y repetidas sin intencion, en un lenguaje muy imperfecto, el hombre que vive en un estado incivilizado no puede reconocer largas séries de hechos. Puede sí comprender de una manera perfecta séries en las que antecedentes y consecuentes estén en conexion sobrado estrecha, pero no otra cosa. De aquí que la *prevision de los resultados aistantes* posible en una sociedad regulada que posee unidades de medida y un lenguaje escrito, es para él imposible. En otros términos, la correspondencia en el tiempo se encuentra



encerrada en estrechos límites. Las representaciones incluyen pocas relaciones de fenómenos, y aun las que contienen no son comprensivas. Y de aquí que la vida intelectual no se aparte mucho de la vida refleja donde el estímulo y el acto están en relación inmediata.

Dado que el medio ambiente del hombre primitivo era tal que las relaciones que el hombre sostiene con las cosas estaban relativamente restringidas en el espacio y el tiempo, lo mismo que en la variedad, sucedía que las ideas que formaba eran poco susceptibles de cambio. A medida que las experiencias, cuyo número iba siempre aumentando, se recogían en una área más extensa, aumentadas todavía por aquellas que las otras aducían, se hacían más heterogéneas, las nociones estrechas de la primera formación, que se fijaron entonces, cuando las experiencias contradictorias no existían, se quebrantaron y se hicieron más plásticas; entonces fué cuando *las creencias se hicieron más modificables*. En la relativa rigidez de la creencia, carácter de una inteligencia no desarrollada, vemos una correspondencia menos extensa con un medio que contiene hechos ruinosos de dicha creencia; vemos mucho menos esta representabilidad que abraza simultáneamente muchos hechos, para deducir el término medio; en fin, vemos una pequeña divergencia que aleja la inteligencia de ese estado intelectual del grado más inferior donde las impresiones causan, con una fuerza irresistible, los movimientos apropiados.

En tanto las experiencias son poco numerosas y no se distinguen más que por ligeras diferencias, la naturaleza concreta de las ideas correspondientes no está afectada más que de una manera muy débil por las *ideas abstractas*. Como una idea abstracta se deduce de muchas ideas concretas, esto no será posible sino en cuanto su multiplicidad y variedad lleven al espíritu a borrar sus diferencias, no dejando subsistir más que lo que ellas tengan de común. Evidentemente una idea abstracta engendrada de esta suerte supone que la correspondencia de las ideas y de las cosas se ha hecho más extensa y más heterogénea; supone que la representabilidad de los hechos concretos de donde se ha sacado, se ha aumentado en la conciencia, y en fin, implica que la vida intelectual se ha alejado un poco más de la acción refleja. Podríase añadir que las ideas abstractas, las de *propiedad* y de *causa*, suponen por ejemplo que ese género de conocimiento de los objetos y de las acciones ha llegado ya a un grado superior. En efecto, solo después que el espíritu ha desprendido por abstracción un gran número de propiedades especiales y de causas especiales, pueden formarse ideas reabstractas de propiedad y de causa en general.

La concepción de *uniformidad* en el orden de los fenómenos se desenvuelve

al mismo tiempo que ese progreso en generalización y abstracción. El rasgo dominante en el curso de la naturaleza, tal como el hombre primitivo lo comprobaba, no era ciertamente el de la uniformidad, sino el de la multiformidad. Trátese de lugares, de hombres, de árboles, de ríos, de piedras, de días, de tempestades, de querellas, jamás se dan dos cosas que sean iguales. Solo mediante el empleo de las *medidas*, cuando lo permite el progreso social, es como se desenvuelven los medios de comprobar la uniformidad; y no es sino después que se han acumulado grandes cantidades de resultados medidos, cuando se hace posible la idea de ley. Y aun aquí los índices de la evolución mental han de servirnos. La concepción del orden moral supone una correspondencia adelantada; implica una representabilidad que se eleva muy alto; y la divergencia respecto de las acciones reflejas que esos resultados suponen, es extrema.

Hasta tanto que las ideas generales y las ideas abstractas no se han desarrollado, y que la noción de uniformidad no se ha desenvuelto con el empleo de las medidas, el pensamiento no puede tener una *naturaleza bien definida*. Como la desigualdad y la semejanza son los signos característicos de las experiencias primitivas, claro está que hay escaso material para sacar la idea de semejanza; y en tanto no se tienen más que un corto número de experiencias para justificar de la exacta igualdad entre dos objetos, ó una perfecta conformidad entre las fórmulas y los hechos, ó una comprobación más completa de las previsiones por los resultados, la noción de *verdad* no puede hacerse clara. Es una noción muy complicada que no nace sino luego que la antítesis del acuerdo definido con el desacuerdo definido se ha hecho familiar al espíritu; y las experiencias del hombre primitivo dicho se está que no podían tender a un tal efecto. Apelemos una vez más a nuestro criterio general. Siendo la concepción de la verdad la concepción de una correspondencia entre las ideas y las cosas, implica el progreso de esta correspondencia; implica representaciones que sean superiores por cuanto se ajusten mejor a las realidades; en fin, el desenvolvimiento de la concepción de verdad causa una disminución de la credulidad primitiva que dependía de la acción refleja; y decimos que de ella dependía, porque de las aisladas sugerencias surgían creencias súbitas que llevaban sobre la marcha a la acción. Además, es necesario notar que solo el progreso de esta concepción de la verdad, y por consiguiente de la concepción correlativa de la no verdad, puede permitir la aparición del *escepticismo* y de la *crítica*.

Por último, la clase de imaginación que poseía el hombre primitivo, pequeña en orden y en heterogeneidad, era solo *reminiscencia*, y no *constructividad*. —Véanse los *Principios de Psicología*, párrafo 492. —En tanto el desenvol-



vimiento intelectual esté atrasado, el espíritu no hace más que recibir y repetir, pero no puede crear por cuanto le falta originalidad. Una imaginación inventiva nos hace ver la extensión de la correspondencia entre las ideas y las cosas del dominio de lo actual en el de lo potencial; nos hace ver una representabilidad no limitada á combinaciones que han existido, ó que existen, en el medio, pero que comprende combinaciones no existentes, á las cuales dará el hombre más tarde la existencia; en fin, nos hará ver la mayor disparidad de la misma con la acción refleja, puesto que el estímulo que conduce al movimiento no se parece á ninguno de aquellos que antes habían obrado.

Ahora que hemos enumerado los rasgos principales de la evolución intelectual en sus últimos grados, tales como se deducen de los principios psicológicos, es cuando estamos preparados para observar los hechos tales como los describen los viajeros, y para comprender su significación. Principiaremos, pues, por aquellos de entre los más generales que están en armonía con las precedentes conclusiones, si es que no están ya por ellas directamente implicados.

Casi todos cuantos nos hablan de los salvajes hacen constar la agudeza de sus sentidos y la rapidez de sus percepciones.

Hablemos primero de los sentidos. Según Lichtenstein, los Bosquimanos tienen la visión telescópica, y Barroso nos dice que «sus penetrantes ojos están siempre en movimiento». Entre los Asiáticos se puede citar á los Karenos que ven tan bien á simple vista cuanto podamos ver nosotros con el auxilio de los anteojos: igualmente se pondera «la vista larga y penetrante» de los habitantes de las estepas de Siberia. Lo mismo pasa en América. «Los Indios, nos dice Herndon á propósito de los Brasileños, tienen los sentidos muy agudos; ven y oyen cosas para nosotros imperceptibles.» Southey hace la misma observación respecto de los Tupis. Luego de haber notado que los Abipones «están siempre en movimiento como los monos,» afirma Dobrizhoffer que discernen cosas que escaparían á un Europeo dotado de la vista más penetrante. Para el oído conocemos hechos análogos, si no tan abundantes. Todos hemos oído hablar de la agudeza de los Indios norte-americanos para descubrir los más leves ruidos, y tenemos la prueba de extremada delicadeza del oído de los Veddahs, en el hábito que tienen de descubrir los nidos de abejas solo atendiendo á su zumbido.

Todavía son más abundantes los testimonios relativos á la observación activa y delicada de que es instrumento esa sutileza del oído y de la vista. De

todas las cuatro partes del mundo podemos presentar ejemplos. Cuando Pelgrave quiere caracterizar á los Beduinos los llama «excelentes observadores superficiales.»

Burton habla de la «organización superior de las facultades de percepción» de sus nómadas. Petheric ha puesto á prueba su maravillosa aptitud para seguir una pista. De la misma manera en el Sud de África muestran los Hotentotes «una sorprendente habilidad para distinguir todo cuanto se relacione con el ganado;» y Galton dice que los Damaras «tienen una maravillosa facilidad para acordarse de un buey que solo han visto una vez.» Lo mismo sucede entre los naturales de la América del Norte, Burton raciocina sobre «el desenvolvimiento de las percepciones» de los Indios en sus praderas, lo que estima «producido por la observación constante y detallada de un número limitado de objetos.» Cítanse hechos que prueban con qué rigurosa exactitud los Chippenes se dan razón del sitio donde se encuentran; y lo mismo se cuenta de los Dacotales. Sin embargo los testimonios más notables que conocemos, refiérense á las razas salvajes de la América del Sud. Bates notó «el extraordinario» sentido de los lugares «de los Indios del Brasil.» Donde un Europeo no puede descubrir indicación alguna, un Arnack, cuenta Hillouse, indicará las huellas de un número de negros cualquiera que este sea, y dirá el día preciso que pasaron, y hasta la hora, si el paso tuvo lugar en dicho día. Belt afirma que un Indio de una tribu de la Guyana «dirá cuantos hombres, mujeres y niños han pasado por un sitio en que un Europeo no vería más que las huellas confusas de su tránsito.» — «Alguien que no es de nuestro pueblo ha pasado por aquí,» decía un natural de la Guyana que seguía una pista; y Schomburgh, que cita ese hecho, declara que esta facultad de los salvajes «tiene algo de la magia.»

Junto con esta delicadeza de percepción, posee el salvaje naturalmente una muy grande habilidad en el cumplimiento de las acciones simples que dependen inmediatamente de la percepción. Los Esquimales se muestran «hábles ó inventivos en los trabajos manuales.» Kolben afirma que «los Hotentotes son muy diestros en el ejercicio de las armas.» De los Fuegienses se dice que tienen «una habilidad notable en el manejo de la honda.» El Andaman no yerra jamás un tiro de flecha á cuarenta ó cincuenta metros. Se nos dice que los naturales de las islas Tangas «son muy hábiles en el arte de dirigir sus canoas.» El Australiano lanza su chuzo y su bastón con una precisión notable; no hay quien ignore las maravillas que ejecuta con su bumarang. Entre las tribus montañosas de la India, se pueden señalar los Santals por «su gran habilidad en manejar el arco;» matan pájaros al vuelo, y tiran á las liebres corriendo.



No omitiremos el hecho de verdad de que hay algunas excepciones, y que no todos los salvajes son igualmente ingeniosos; por ejemplo los Tasmanios, que hoy ya no existen, y los Veddahs de Ceylan. Hay que notar esta excepción y su importancia, por cuanto la supervivencia de los más aptos ha debido siempre tender á establecer esas cualidades entre los hombres cuya vida dependía á cada instante de lo agudo de sus sentidos, de la rapidez de sus observaciones, y de los efectos que sabían sacar de sus armas. En efecto el antagonismo que existe entre las facultades más simples y las facultades más complejas, es causa de que este predominio de la vida intelectual inferior ponga obstáculo á la vida intelectual superior. La proporción de lo que las fuerzas intelectuales gasten en percepciones incesantes y numerosas, dejarán de gastar en pensamientos tranquilos y deliberados. Vamos ahora á examinar esta verdad bajo otro punto de vista.

El gusano que no tiene sentido alguno para distinguir lo que le conviene, se traga en masa la bola que contiene la materia vegetal en parte descompuesta, dejando á su canal alimenticio la tarea de absorber la cantidad de alimento como pueda, y de vomitar, bajo forma de pequeñas masas vermiculares pelotonadas cerca de los noventa y cinco centésimos de la masa que no tienen para él nada de nutritivos. Por lo contrario los anélidos superiores dotados de sentidos especiales y de inteligencia, por ejemplo las abejas, eligen en las plantas los jugos concentrados de las sustancias nutritivas con que alimentarán sus larvas, ó como la araña que chupa los jugos nutritivos ya preparados en el cuerpo de las moscas que atrapa con su tela. Sin buscar en los vertebrados inferiores un contraste análogo, bastará á nuestro propósito decir que remontando del menos inteligente al que lo es más, y de éste al que le sobrepaja, se encuentra siempre una aptitud cada vez más creciente para procurarse los alimentos. Los mamíferos hervíboros, por ejemplo, están obligados á devorar en gran cantidad partes no nutritivas de las plantas, mientras que los carnívoros, la mayor parte más sagaces, viven de una alimentación concentrada de la que basta una pequeña cantidad. Bien que el mono y el elefante no sean carnívoros, poseen facultades de las que ciertamente hacen uso para elegir las partes nutritivas de las plantas cuando para ello tienen ocasión. El hombre puede procurarse los alimentos bajo la forma más concentrada; pero el salvaje que está á merced de su medio ambiente, los escoge menos que el hombre civilizado. Todavía hay que notar que el hombre más civilizado hace experimentar á la sustancia nutritiva que emplea, una preparación que separa las

materias inútiles, hasta el punto de que cuando se pone á la mesa no toca á los pedazos de cualidad inferior.

Mi propósito al llamar la atención sobre esos hechos que parece que nada tienen que ver con el asunto que debatimos, ha sido para hacer sentir la analogía que existe entre el progreso de la nutrición del cuerpo y el progreso de la nutrición mental. Los tipos superiores del espíritu, como los tipos superiores del cuerpo, están en mejor disposición para elegir los materiales buenos para la asimilación. De la misma manera que el animal superior se impone ciertas reglas en la elección de sus alimentos, y no traga sino las cosas que contienen una gran cantidad de materia organizable, de la misma manera la inteligencia superior, ayudada de una facultad á la cual daremos el nombre figurado de olfato intelectual, pasa por medio de una multitud de hechos que no son susceptibles de organizarse, mas de golpe descubre en ellos hechos que tienen su valor, y los toma como otros tantos elementos que le servirán para elaborar las verdades cardinales. Las inteligencias menos desarrolladas, incapaces de descomponer los hechos más complejos y de asimilarse las partes constituyentes, desprovistas por consiguiente de apetito para esas partes, devoran con avidez hechos por la mayor parte sin valor; en esa masa enorme absorben por tanto pocos materiales útiles para la construcción de concepciones generales. El régimen de alimentación concentrado que suministran las experiencias del físico, las investigaciones del economista, los análisis del psicólogo, les son insupportables; no pueden digerir esa alimentación: en cambio, se muestran golosos y ávidos de detalles triviales, de conversaciones de sobre mesa, de los hechos y gestos de las personas de moda; hacen ralea de los asuntos criminales y de las causas de divorcio; no leen más que novelas de desecho, memorias de personajes oscuros, volúmenes de correspondencias poco edificantes, algunas veces un libro de historia, en el que no admiran sino las batallas y los hechos y gestos de los hombres de nota. Para espíritus de ese temple, desprovistos de aparatos de análisis y de sistematización, es tan solo útil ese género de forraje; nutrirlos con alimentos más succulentos sería tan impracticable como alimentar una vaca con carne.

Supóngase, si se quiere, exagerado ese contraste; supóngase que la línea de descendencia de las inteligencias superiores á las inteligencias inferiores entre nosotros haya de seguir solo una filiación del mismo género, aun así llegaremos á conocer la inteligencia del hombre primitivo. Una atención todavía mayor para los pequeños detalles sin valor, una facultad todavía más débil para elegir los hechos de donde se puedan sacar útiles conclusiones, tales son los carac-